

1. *Mi amigo Julio*, de Adrián del Valle.—2. *FloreCIMIENTO*, de Federica Montseny.—3. *Abnegación*, de José Sanjurjo.—4. *¡Hermanos!*, de Salvador Cordón.—5. *Las santas*, de Federica Montseny.—6. *Mi hermana*, de José Martín.—7. *El re-*
dentor, de Isaac Pacheco.—8. *¡Engañada!*, de Federico Urales.—9. *El cacique*, de Barthe.—10. *Jubilosa*, de Adrián del Valle.—11. *El hijo de nadie*, de Federica Montseny.—12. *El amor nuevo*, de Federica Montseny.—13. *El arreo*, de Solano Palacio, y *Al jabali*, de Salvador Cordón.—14. *Madre*, de Antonia Maymón.—15. *Náufragos*, de Adrián del Valle.—16. *Redimida*, de Fernando Claro.—17. *Amor maldito*, de Federico Urales.—18. *Madrina de guerra*, de José Martín.—19. *¡Cuál de las tres?*, de Federica Montseny.—20. *El hereje*, de José Sanjurjo.—21. *La bella aldeana*, de Federico Urales.—22. *Luz en las tinieblas*, de F. Caro Crespo.—23. *¡Madres!*, de Rogelio Arnau.—24. *Los hijos de la calle*, de Federica Montseny.—25. *Esclavo de su culpa*, de José Castells Serra.—26. *El pecado de amor*, de Ricardo Vaqué.—27. *Las dos son mías*, de Federico Urales.—28. *Amor y sacrificio*, de Solano Palacio.—29. *Maternidad*, de Federica Montseny.—30. *Esperanza*, de Ignacio Cornejo.—31. *Pigmalión*, de Carlota O'Neill.—32. *Perégrino de amor*, de Federico Urales.—33. *La alondra*, de Angela Graupera.—34. *El otro amor*, de Federica Montseny.—35. *Cielo y tierra*, de F. Caro Crespo.—36. *Jugar con fuego*, de Federico Urales.—37. *Camelanga*, de Adrián del Valle.—38. *El drama de un amor vulgar*, de J. Rodríguez Aragón.—39. *La última primavera*, de Federica Montseny.—40. *El triunfo del amor*, de David Díaz.—41. *El suicidio de dos enamorados*, de Federico Urales.—42. *La venganza de Jaime*, de Angela Graupera.—43. *Resurrección*, de Federica Montseny.—44. *Cómo se ama*, de José Esgleas.—45. *Flores con y sin espinas*, de Federico Urales.—46. *Arrayán*, de Adrián del Valle.—47. *La hija del banquero*, de Romilda Mayer.—48. *Mártirio*, de Federica Montseny.—49. *Aurora*, de Solano Palacio.—50. *Una aventura*, de Federico Urales.—51. *Como las águilas*, de Mauro Bajatierra.—52. *La hija del verdugo*, de Federica Montseny.—53. *Lauda de amor*, de Elías García.—54. *Un infanticidio*, de Federico Urales.—55. *Desterrados y raptos*, de Asensio Larrea.—56. *Marta de Magdala*, de Federica Montseny.—57. *El último baluarte*, de F. Caro Crespo.—58. *Aristócratas*, de Adrián del Valle.—59. *La perla*, de Antonia Maymón.—60. *El amante de Encarna*, de Federico Urales.—61. *Cautivos que se libertan*, de Luis Calventus.—62. *El rescate de la cautiva*, de Federica Montseny.—63. *La Virgencita de los Merinales*, de Mauro Bajatierra.—64. *Diez años después*, de Federico Urales.—65. *Armonía*, de Miguel Campuzano.—66. *Ambición*, de Adrián del Valle.—67. *Cain y Abel*, de Elías García.—68. *Si tú me quisieras*, de Federico Urales.—69. *Ma-*
riucha, de Iván Chevíck.—70. *Entre dos amores*, de Federico

LA NOVELA IDEAL

N.º 255

25 Junio 1931

Año VI

MARÍA SOLÁ

△
PQ
6159.9
NI345
S64m
1931

LAS MONTAÑAS DE BOHEMIA



PUBLICACIONES DE LA REVISTA BLANCA

ADMINISTRACIÓN:

Calle Guinardó, 37 - Teléfono 51780 - Barcelona

Se sirven colecciones completas encuadernadas y en números sueltos

Precio de subscripción: Un semestre, 3'50 ptas.

No se devuelven los originales que no se publiquen

LA PRÓXIMA NOVELITA SE TITULARÁ

RESURGIMIENTO

DE PEDRO MÁS DE VALOIS

LOTES DE LIBROS BARATOS

«Los hijos del Amor», de Federico Urales; «Los Deportados», de Carlos Malato; «El helenismo en Turquía», de Angela Graupera; «El hijo de Clara», de Federica Montseny. Todos 4'75.

«El Aventurero de Amor» y «El Ingenioso Hidalgo Miguel Cervantes», ambos del insigne escritor Han Ryner; «La Victoria» (segunda edición), de Federica Montseny, y «Sembrando Flores», de Federico Urales: 4'25 pesetas.

Dichos precios no tienen descuento.

I

En la terraza de una cervecería de Baviera, Alfredo Morel y Aurora Veimar entre sorbo y sorbo de cerveza hablaban dulcemente de su amor, mientras sus ojos se fijaban con insistencia en una cordillera de montañas que allá en lontananza parecía besarse con el zenit.

—Sí, vida mía, más allá de las montañas de Bohemia, está la que podríamos llamar nuestra tierra de promisión, pues ha de ser el paraíso de nuestra dicha; en las cercanías de Pisek posee mi madre una casita blanca sombreada por los tilos. En esta casita, yo vi el sol por la vez primera. Mi madre es del corazón de Bohemia; nació en Praga y mi padre es bávaro, por eso como súbdito alemán he venido a estudiar a Ratisbona. La guerra ha estropeado bastante mis planes, hubiera terminado la carrera mucho antes. Mi tío que es médico de Pisek y varios otros pueblos vecinos está esperando impaciente que yo acabe mis estudios de medicina, para retirarse y cederme su clientela, pero este retraso en mi carrera no ha sido del todo desgraciado ya que ha servido para conocerte a ti que eres la mujer que ha de embellecer mi vida y me siento del todo dichoso al poder escribir a mis padres que en la ciudad, que a ellos instintivamente les causa tanto horror, también florecen los lirios más puros. lo mismo que en las sencillas aldeas, y que en Ratisbona he encontrado en ti a nuestra Adelita resucitada que ellos lloran inconsolablemente y les diré que te quieran mucho, pues como verán muy pronto por

sus propios ojos, tú eres cariñosa y sencilla, hermosa y buena, como mi hermanita muerta y así como a ellos les hace falta el cariño de una hija, a ti, pobre huerfanita, te hace falta el cariño de unos padres.

Las tardes domingueras pasaban velocísimas para Aurora que durante toda la semana estaba encerrada, tecleteando sin cesar la máquina de escribir, en el despacho donde prestaba sus servicios y los domingos eran los bellísimos y risueños oasis que se intercalaban en su monótona existencia y era el día que consagraba devotamente a su amado, pues lo pasaba casi entero al lado de Alfredo.

La tarde tocaba a su fin y el astro rey, enviando sus postreros rayos a la tierra llenaba de arreboles aquellas montañas, que para los ojos de la enamorada refulgían como si estuvieran formadas de oro, brillantes y rubies, como si fueran la mansión quimérica de las hadas o el castillo maravilloso de todas sus ilusiones de mujer.

Dos meses antes había nacido aquel idilio al conjuro de la casualidad: Un día Aurora, al salir del trabajo, iba atolondrada por las calles, deseosa de llegar a su casa cuanto antes para dedicarse a coser, cuando al doblar una esquina tropezó violentamente con un joven, el cual descubriéndose cortésmente le dijo:

—Perdóneme, señorita. ¿Le he hecho daño?

La joven con las mejillas encendidas como la grana le contestó:

—Usted me ha de perdonar caballero, pues yo era la que iba contradirección—y echó a andar avergonzada.

Alfredo quedó mirándola extasiado—¡Qué mujer tan bonita!—pensó, y se decidió a seguirla.

Aurora andaba de prisa, más al pasar delante de un quiosco de periódicos, se detuvo para comprar algo, Alfredo se acercó a ella con audacia.

—¿Ha comprado algún periódico de modas?—le preguntó.

—No, una novela. Ve usted, «Andrea Chenier».

—Ya, ya conozco, es obra fuertemente romántica. lo cual indica que usted es una mujer de sentimientos delicados. ¡Dichoso el hombre que sea querido por usted! ¿Tiene novio?

—No señor.

—¿De veras? ¿Puede creerse eso?

—Si puede usted creerlo ¿por qué le mentiría? ¿Es acaso algún pecado tener novio?

—Pues así respiro, aún puedo tener esperanzas. ¿Cómo iba tan atolondrada?

—Para llegar a casa cuanto antes, pues tengo que arreglarme un vestido.

—¿Usted misma se cosfecciona la ropa?

—Pues no hay más remedio, como una gana poco, bien que mal, todo me lo confecciono yo misma.

—Es usted una perla en todos conceptos, señorita.

Desde aquel memorable día, Aurora empezó a vivir un ensueño de felicidad al calor de aquel idilio, que para ella huérfana y sola en el mundo lo constituía todo en la vida.

Pasaban por una populosa vía. Alfredo apretaba tiernamente contra su corazón el delicado brazo de Aurora, que se había cogido a él, iban abstraídos a todo cuanto les rodeaba mirándose el uno en el otro... guardando un delicioso silencio en su mutua adoración... Alfredo dijo de improviso:

—Quiero mostrarte mi domicilio que no es lógico que tú ignores, pues pueden ocurrir mil cosas y mi futura mujercita ha de saber dónde vivo. ¿Ves aquella pensión del número 38 en el segundo piso?

Aurora miró la casa marcada con el número 38 y en uno de los balcones del segundo piso leyó:

«Pensión Gurt»

—Allí, es una pensión decente, tratan bien, mis padres me envían dinero en abundancia y en vez de malgastármelo en vicios y tonterías propias de juventud, prefiero vivir en una pensión distinguida y comer bien porque la salud ante todo. ¿No te parece Aurora?

—Piensas admirablemente.

Volviéronse a mirar con amor intenso... infinito...

—¿Sabes lo que pienso?—dijo él quedamente acercando sus labios a los seducidos bucles de la niña.

—¿Qué?—dijo ella temblando de emoción

—Que me comería a besos tu boquita y esas mejillas sonrosadas que para mí son más dulces que la miel... ¿Me besarás tú también?

Aurora no podía contestar, latíale fuertemente el corazón y... demasiado lo sabía él que ya era dócil... tíer-namente dócil a los deseos del ídolo...

Era noche cerrada... se dirigieron a uno de los lugares solitarios de la ciudad, en donde otras parejas de enamorados buscando como ellos la soledad, ávidos de prodigarse mil caricias, paradójicamente se hacían compañía unos a otros.

II

A la salida del Despacho donde trabajaba Aurora, varios novios esperaban a las gentiles dactilógrafas. entre ellos Alfredo Morel, al salir su palomita blanca, como él la llamaba, se cogieron, según costumbre, del brazo.

—¿A dónde encaminaremos mañana, que es domingo, nuestros pasos Aurorita?

—A donde tú quieras.

—Encerrarnos en un cine, no lo encuentro muy a propósito ahora que aprieta el calor. ¿Te parece bien dirigirnos al campo? mejor dicho a las orillas del Danubio, en unos parajes donde hay unos cañaverales, y pueden ocultarse bien las parejitas de novios de la vista de la gente.

—Muy bien.

—Merendaremos opíparamente, toma este billete—dijo sacando uno de su cartera y alargándolo a su novia—. Así por la mañana, te dedicarás a comprar todo lo que sea menester.

Al día siguiente, entre los cañaverales del Danubio, Alfredo y Aurora, ebrios de amor se repetían una y mil veces los dulcisos juramentos que para ellos constituían el poema más hermoso de la vida.

—Cuando te vean en Pisek tan rebonita, mi casa está situada en el Valle de las Rosas, llamado así por la abundancia que hay de ellas, y la rosa más linda serás tú. Te traigo una cosa en el bolsillo. ¿Quieres verla?

—Sí—dijo ella echándole mano en los bolsillos de la americana de los cuales extrajo un manojito de papeles.

—No es esto, trae—dijo él altamente contrariado haciendo ademán de arrebatarse los papeles—Yo quería decir en el bolsillo del chaleco, no en los de la americana.

—Pues yo he de saber que son estos papeles — dijo Aurora intrigada... ¡Ah! proclamas revolucionarias, algunas escritas en lengua rusa.

—Sí, las echaban ayer en la universidad entre los estudiantes y yo por mera curiosidad recogí algunas—dijo Alfredo sin ocultar el vivísimo enojo que sentía contra la imprudente Aurora; ¡quién le mandaba a ella registrarle los bolsillos!

—Si tiraban o no tiraban hojas y tú has cogido algunas es una cosa, pero ir a reuniones clandestinas, como tú has hecho alguna vez es otra cosa muy distinta.

—Voy por curiosidad.

—Vaya un capricho, puedes salir atado codo con codo y sucederte algo malo que redunde en perjuicio de tu carrera y por consiguiente de nuestro porvenir.

—¿Qué quieres que te diga? uno es joven y le gusta ver y oír cuando se atraviesan momentos históricos.

—¿Momentos históricos has dicho? ¿Es que aun hemos de atravesar otros horrores, otras tragedias después de la terrible sangría de la guerra?

—Rusia parece querer extender la ola gigantesca de la Revolución a otros países y en Alemania y Austria-Hungría, encuentra terreno extremadamente propicio por lo que han sufrido durante la guerra.

—Menos mal—dijo ella señalando lejana cordillera de montañas que cerraban el horizonte—que nosotros detrás de aquellas benditas montañas de Bohemia, tendremos un refugio seguro, nuestro pequeño paraíso, en donde no llegarán seguramente los estremecimientos de la revolución. Lo que te pido por nuestro amor, que para mí es lo más grande del mundo, y si esto es poco te lo pido por la madre que te dió el ser y gozosa te está esperando

para verte muy feliz a su lado, que tú no te mezcles en nada y que ni por curiosidad te acerques a lugares peligrosos.

Alfredo Morel sonrió de un modo indefinible mirando las Montañas de Bohemia, diríase que en sus ojos brillaba una lágrima... Después acarició a Aurora, pero sin contestarle nada.

—¿Por qué no me contestas ... ¡Oh! tú no vas por curiosidad, no... tú eres un convencido de estas ideas modernas.

—¿Modernas dices?... Desde que Espartaco lanzó el primer grito de «¡Libertad!» hace más de dos mil años, han tenido constantemente sus héroes y sus mártires, de no haber sido así aun reinarían los ignominiosos tiempos de la esclavitud sobre la tierra.

—¿Qué pretendéis?—preguntó Aurora asustada.

—Derrumbar el imperialismo.

—¿Por qué?

—Por varias cosas, entre ellas lo de las guerras Y continuó hablando consigo mismo.

—«Imperialismo» palabra que rememora en nosotros a los Faraones de Egipto y a los Césares de Roma... desde la más remota antigüedad a nuestros días, al calor de esta palabra han nacido los grandes conquistadores que han llenado de luto y desolación la tierra... El pueblo no quiere las guerras, es arrastrado a ellas por el poder de las oligarquías... con el martirio, con la sangre de los más, se elevan monumentos de imperecedera gloria a los menos... hay que luchar contra todo esto, hay que afianzar en el mundo el reino de la democracia, que estrechando los lazos de la solidaridad humana haga imposible otro choque entre los pueblos...

—¡Oh! calla, calla... arroja lejos de ti estas ideas, arrójalas, no porque sean buenas ni malas, que esto yo no te lo discuto, sino porque son enemigas de nuestra felicidad... pues tú puedes hacer cualquier locura por ellas... Tú lo eres todo, para mí... no veo más que a ti cuando me miro en tus ojos y cuando no te miro, lo mismo, para mí sólo existes tú y fuera de ti, no hay en el mundo nada que para mí valga la pena... en cambio ¡oh desencanto!, yo no lo soy todo para ti... hay tus

ideas, por las cuales estoy segura no vacilarías en sacrificarme... Te lo pido de rodillas, te lo pido por tu madre... deja que el mundo lo arreglen los otros, no pienses más que en nuestra felicidad futura en el Valle de las Rosas que en nuestra casita blanca sombreada por los tilos; que en tus ancianos padres que lloran su Adelita...

Aurora se había cubierto el rostro con las manos, los sollozos la impedían continuar... Alfredo acariciaba las finas hebras de oro, de aquella adorable cabeza... besó con infinita pasión aquel rostro por el que caía el llanto a raudales... estrechó contra su corazón aquel cuerpo, como si quisiera retenerla, dentro su pecho... y así estrechamente unidos sus lágrimas corrían juntas y se confundían sus suspiros... ¡Oh si él pudiera atender al ruego de aquella niña, tan pura, tan tierna, tan hermosa!... que parecía por la cándida expresión de sus angelicales facciones una de aquellas bellezas, que inmortalizara el pincel divino de Rafael... «él lo era todo para ella»... cuánta y cuánta verdad había en aquellas dulcísimas palabras de amor...

—Anda, no llores más, le dijo enjugándole el llanto, todo se arreglará, no pasará nada, te lo juro—y sacándose un pequeño envoltorio del bolsillo del chaleco—este es el modesto regalo de que te hablé—dijo poniéndole en el cuello un bonito collar de perlas.

III

No volvieron a tener otra polémica sobre política y hasta parecían tener un especial interés en evitarlas. El curso académico tocaba a su fin, se acercaba la separación forzosa de las vacaciones, que él iría a pasar a Pisek y deseaba que su novia le diese un retrato para enseñarlo a sus padres. La fotografía gustaba mucho a cuantos la veían.

—Te ha sacado muy bien el fotógrafo, me gustas más

en retrato que en el original y eso que en el original eres bonita, a ver qué fotógrafo es, que yo también tengo que retratarme para el novio—le decía Elisa Hallen, una de sus compañeras.

—Mira Aurorita—le dijo su compañera a la salida—tu novio hoy se ha retrasado, sino me esperara Enrique te haría compañía.

—No importa ya le haré compañía yo—dijo Sofía, otra lindísima mecanógrafa, que no tenía novio.

En vano esperaron; a medida que iba transcurriendo el tiempo, se acentuaba la inevitable nerviosidad de Aurora.

—Hay que ver lo que son los hombres, vamos, cada día me convenzo más, que quien tiene novio tiene fatigas; a Elisa el suyo le hace cada trastada, no os envió chiquillas, pues yo querría un novio modelo y me lo tendrían que fabricar exprofeso.

—Yo, del mío francamente no tengo quejas, pues aunque en poco tiempo ha dejado de venir dos veces, tiene una explicación: la proximidad de los exámenes.

—¡Qué cándidas soís las mujeres!

—¿Es que acaso sabes alguna cosa de Alfredo?—preguntó Aurora temblando.

—No, hija, te lo juro, es una especie de instinto de suegra que tengo como cualidad innata.

—Vas a llegar tarde a tu casa, mi querida Sofía.

—No importa, mira, para mejor pasar el rato iremos paseando arriba y abajo mirando los escaparates, porque si te marchas y él por casualidad viene, de todo tendrás la culpa tú—dijo la aprendiz de suegra.

Esperaron en vano, al fin se decidieron a retirarse a sus moradas.

—Por un día no hay que alarmarse—pensaba Aurora

—si se repitiese mañana, iría a preguntar a la Pensión Gurt si es que está enfermo.

Al día siguiente ocurrió lo mismo y como Sofía no había acudido al despacho por hallarse enferma, en parte se alegró de ello para poder realizar sola sus pesquisas, libre de las ironías y pesimismo con que Sofía mortificaba a sus compañeras enamoradas... Además las ideas políticas de Alfredo no dejaban de inquietar a Aurora.

Inútilmente lo buscó en la Pensión Gurt, allí no lo conocían ni lo habían visto jamás.

La desdichada huérfana vivía en un pobre cuartito, de un modesto piso, del barrio antiguo de Ratishona, aquella habitación lo era todo para ella incluso cocina, pues en un fogoncito portátil se preparaba ella misma sus sencillos alimentos. Sin madre, sin nadie en el mundo que velase por ella, pues la patrona del piso casi la odiaba y deseaba que se marchara para sacar más del cuarto: la pobre Aurora, de emoción en emoción, había perdido por completo el apetito y pasó algunos días sin encender lumbre.

—Tú no comes, ni duermes, ni vives y te vas a volver tísica en cuatro días y ten la seguridad que si él lo sabe tendrá un alegrón terrible, le halagarías su vanidad de conquistador y podría apuntarse en su carnet, que una mujer ha muerto de amor por él. —Le decía la terrible Sofía, que entonces ya tenía novio y por cierto un novio modelo, capaz de rehabilitar el sexo masculino ante sus exigentes ojos—. Mira Ernesto, es verdaderamente un esclavo mío, novios como este no se encuentran ni buscándolos con un candil y yo le he puesto cierto afecto, es verdad, pero si el día de mañana me dejara, yo comería más que ahora, para que no se diga que ningún hombre es capaz de quitarme a mí ni una hora de sueño.

—Yo si me encontrara en tu lugar—dijo Elisa terciando en la conversación—ya que ni en la Universidad, ni en la Pensión Gurt le conocen, escribiría al alcalde de Pisek.

—¿Para qué?—rugió Sofía.

—Para esclarecer la verdad; si es que allí existe tal familia, está en su derecho averiguarlo.

—Así lo haré—dijo Aurora suspirando y dejando a sus amigas, se dirigió a una ventana, desde donde se divisaba la ondulante y graciosa silueta de las Montañas de Bohemia... El desengaño era terrible y elocuente... ella no podía esperar nada de un hombre que tanto le había mentido... aquellas fértiles montañas vestidas entonces con todo el encanto y tesoros de la estación estival, ya no encerraban ¡ay! el arcano de su dicha... más

allá estaba el último resorte, que ella podía tocar... el último desengaño que había de coronar su infortunio... ir a Pisek, imposible, sus recursos no se lo permitían, escribiría al alcalde... tal vez más allá de las hermosas montañas existía para ella algún vago destello de esperanza y con los ojos llenos de lágrimas y juntando las manos hacia ellas, como si pudieran comprenderla, exclamó:

—Tened piedad de mí.

La autoridad de Pisek ni se dignó contestarle a pesar de haber incluido en la carta franqueo para la contestación y como entre las tres mecanógrafas amigas había cambios importantes en la marcha de sus amores, a instancias de Elisa Hallen que llevaba una gran diferencia de edad sobre sus compañeras y habiendo roto con Enrique, perdía sus escasas esperanzas de matrimonio y era algo supersticiosa, convinieron ir a consultar a la célebre adivinadora Zaida Manzoba. Esta proposición fué aceptada con entusiasmo por Sofía que insensiblemente iba enamorándose de Ernesto, modificando la opinión que de los hombres tenía y en cuanto al destrozado corazón de Aurora, aunque ajena a toda superstición. ¡Cuán necesitada estaba la pobrecita, del lenitivo de alguna grata mentira, de la limosna de un poco de esperanza!

Las tres amigas consultaron juntas, a Elisa le latía el corazón violentamente, pues aunque Enrique, que era más joven que ella y le había hecho apurar hasta las heces el cáliz de la amargura, al perder a él perdía hasta la esperanza de casarse, pues ya llegaba ¡ay! a la edad de las renunciaciones forzosas.

—No volverás a ver a Enrique en toda tu vida, hija mía—le dijo Zaida—este hombre no te conviene, sin embargo te espera un matrimonio ventajoso en país extranjero. Tú, Sofía, serás muy feliz, gozarás de posición envidiable en el extranjero también...

Le tocaba el turno a Aurora, por la piedad que despertaba la desgraciada huérfana, entre las tres amigas reinaba gran expectación...

—Volverás a ver a Alfredo...—un rayo de alegría iluminó la pálida faz de Aurora...—pero te advierto que

este no es su verdadero nombre, el suyo lo ocultaba por razones de política.

—¿Me casaré con él?—se atrevió a preguntar la joven. Zaida echó dos veces los naipes:

—No hija mía.

—¿Pero se casará con algún otro?—pregustaron a coro las dos compañeras ávidas de dar algún consuelo a la pobre Aurora.

Zaida nada contestó. Aurora se había levantado y en un rincón del aposento sollozaba, a ella no le importaba casarse sino era con su amor...

—¿Por qué no le mentía usted?—dijo Sofía a la nigromántica—. Es tan necesario a veces el consuelo de una mentira.

—¿Es que vosotras, hijas mías, me pagáis para que os engañe?

Cuando salieron se acercó a su mesa exclamando:

—¿Por qué no la engañaba me han dicho?... si hubiera llegado a decirle la verdad... ¡Pobrecita!...—y dando una mirada a los naipes que habían quedado sobre la mesa, se dijo:

—¡Ay! ¡Qué secretos se ocultan en la farsa de mi ciencia!

IV

Tras el cataclismo de la guerra, en muchos países beligerantes, sobre todo, en los vencidos sobrevino la revolución. Los partidarios del Kaiser, defendían el trono imperial contra la ola revolucionaria que invadía todo el país y una legión de mujeres como allá en los aciagos días de la guerra, vistió de nuevo el albo uniforme de enfermera. Siempre en los momentos de dolor brilla el hada buena de la caridad femenina, siempre al lado de los fusiles que matan, el bálsamo suave de unas manos

de mujer. Figuraban entre ellas, Elisa Hallen y Aurora Veimar.

Soffia había contraído matrimonio con Ernesto y marcharon con su madre a Suiza, donde Ernesto tenía parientes.

Tras un día de fatigas sin cuento en el hospital de sangre, Aurora se quedó profundamente dormida soñando algo inefable que contrastaba con el ambiente de tragedia que la rodeaba. Al despertar dirigióse alegremente hacia una de las ventanas, como obsesionada por bellísimas imágenes que recrearan su imaginación durante el sueño. El doctor Alberto Keller la contemplaba extrañando tan deshusada alegría. Aurora atisbaba en lontananza esperando ver algo que amaba... que ansiaba... que anhelaba...

—¿Se puede saber Aurorita, qué es lo que mira usted con tanto embeleso?

—Las Montañas de Bohemia.

—En ellas, se ha refugiado derrotado y está defendiéndose de los imperialistas que quieren coparlo, un grupo de revolucionarios dirigidos por gente de raza eslava... Mas ¿qué es eso?... ¿llora usted?... ¿Le ha entristecido esta noticia?—le dijo el doctor pesaroso.

—¡Oh, sí! Yo miraba las montañas alegremente dominada por el sueño que he tenido esta noche esperando distinguir en ellas algo muy distinto de lo que usted me acaba de decir.

—Siento en el alma haberla entristecido y le pido perdón—dijo Keller—. Pues uno de mis más fervientes deseos es verla alegre y feliz—y tras un leve suspiro continuó adivinando la causa de todos los sentimientos que agitaban el alma de la joven.

—¿Piensa todavía en Alfredo, querida amiguita?

—Sí, él es el único amor de mi vida, por él me hice enfermera porque el corazón me dice que he de encontrarlo entre el dolor.

—Su romanticismo es de otros siglos niña, usted es joven y puede ofrecerle la vida infinitos encantos y esperanzas. Sobre las ruinas de este amor irreal y estéril, debiera levantar otro castillo de ilusiones cimentado en un amor más positivo capaz de realizar su dicha...—

Keller enmudeció unos momentos contemplándola arrobado, pero ¡ay! Aurora no lo miraba... aquellas montañas eran el eterno imán de sus miradas y de su corazón... en los ojos del doctor brilló una lágrima furtiva y comprendiendo que desgraciadamente la conversación no había de interesar a Aurora sino se relacionaba con su ídolo le preguntó:

—¿Y qué ha soñado usted?

Aurora tenía en su camarada una confianza sin límites, y con ingenua alegría le explicó lo siguiente:

—Acababa de amanecer, yo contemplaba los matices de la Naturaleza iluminada por los primeros destellos matutinos. Por uno de los senderos avanzaba algo que brillaba como un sol, era un carruaje de oro. Ven—me dijeron los aurigas—. Sube, te llevaremos a las Montañas de Bohemia—he obedecido y poco después me hallaba en la cumbre de una bellísima montaña desde la cual se dominaba por entero Bohemia y Baviera—. Un inesperado toque de trompetas ha llenado mi alma de alegría y en medio de una lucida cabalgata de heraldos y escuderos, como en la Edad Media, ha aparecido Alfredo, cubierto de ricas galas, caballero en brioso corcel, diciéndome: Aurora, soy un príncipe, un príncipe de sangre real.

La joven calló quedando pensativa.

—¿Qué más?—preguntó Keller.

—No recuerdo nada más.

—Su Alfredo es un personaje por demás misterioso y dado el desbarajuste producido por la guerra, pudiera muy bien ser algún príncipe fugitivo de otros países refugiado en Alemania.

—Por su ideología—dijo Aurora—yo creo que es todo lo contrario: un revolucionario.

—Sea lo que sea, a usted no le conviene un personaje nebuloso. Lo que le conviene—dijo con voz trémula de emoción—es un hombre de personalidad bien definida, que tenga el porvenir abierto ante sus ojos y pueda proporcionarle bienestar, como por ejemplo...

Un fuerte grito de: ¡Aurora Veimar!—pronunciado por uno de los empleados del hospital cortó la tierna frase de Keller.

Aurora se levantó precipitadamente y recibió de manos del empleado una carta, era de Suiza... Elisa Hallen salió de la sala de operaciones, pálida como la muerte con su blanco uniforme manchado de sangre, llevaba otra carta igual en la mano.

—Chica yo no sirvo para esto—dijo a Aurora—ver como quedan inválidos, mozos en la flor de la juventud y tener que intervenir yo en estas operaciones, es algo horrible a lo que no me llevo a acostumbrar. Si Sofía nos manda a buscar marchó a Suiza.

Efectivamente su buena ex-camarada les daba muy buenas noticias: a su Ernesto por sus bellas cualidades lo habían nombrado socio industrial en la casa Sturtz y conocedora de los sangrientos sucesos de Alemania invitaba a sus dos antiguas compañeras a trasladarse al paraíso de Suiza, pues en la casa Sturtz había siempre dispuestas para ellas, dos plazas de mecanógrafa bien retribuidas.

Elisa suspiró dulcemente llena de júbilo y de esperanza. El matrimonio era su obsesión y fatalmente en sus negros cabellos brillaban ya muchas hebras de plata y su rostro empezaban a surcarlo las arrugas de la senectud.

—Aquí no hay hombres—exclamó—los pocos que quedaban de la guerra ahora se matan entre sí, es imposible casarse, me voy a Suiza. ¿Vienes Aurora?

—No, allí no vería jamás a Alfredo. En las abruptas montañas de Bohemia se ha localizado la lucha entre imperialistas y radicales... aquí me siento más cerca de sus dolores... de su agonía, tal vez... no, no puedo abandonar esta tierra donde sufre, lucha y padece el que es la luz de mis ojos y la vida de mi vida... ¿Quién sabe si el destino me tiene reservada para vendar sus heridas, para recoger su último aliento?

—¡Boba! ¿Aun estás en tus trece? Mira, que siendo bonita joven e instruída, empeñarte en destruirte tú misma, sacrificándote por quien no se lo merece. ¿Qué sujeto ha de ser este que te ha dicho tan descomunales mentiras?... ¿No te has fijado con qué interés te miran otros, por ejemplo el doctor Keller?...

Fueron inútiles todos los esfuerzos de Elisa para convencer a la joven, al fin partió sola con toda la documentación en regla y con el permiso de las autoridades alemanas. El doctor Alberto Keller y Aurora la acompañaron hasta el término de Ratisbona.

Sofía y Ernesto eran felices, tenían ya el primer fruto de su matrimonio. Elisa también encontró allí lo que tanto anhelaba pues el Tenedor de Libros que había quedado viudo recientemente, a la larga cayó en la cuenta que su compañera de oficina, era una mujer capaz de ser una buena ama de casa y excelente madre de sus hijos y se casó con ella.

V

A últimos del pasado siglo, un día la corte de Rusia, engalanada por la boda del Zarevich con María Feodórovna, princesa de la casa real de Dinamarca, tuvo que trocar sus galas en luto por la prematura e inesperada muerte del novio y su prometida acabó por casarse con el hermano, que fué Alejandro III padre del último Zar.

A raíz del nacimiento del primogénito de este matrimonio fué a la Corte de Rusia un músico austriaco, que se hizo célebre: Julio Terry, que fué a San Petersburgo, lo mismo que otros artistas de todo el mundo, para tomar parte en las pomposas fiestas celebradas con motivo de tan funesto acontecimiento.

El arte de Terry, que con el violín arrobaba a cuantos le escuchaban, apasionó a la aristocracia rusa y viendo el artista ante sus ojos un brillante porvenir no pensó volver a su patria y más tarde cuando la Princesita Olga hermana del Zar fué presentada en sociedad, el arte maravilloso de Terry fué el principal encanto de aquella fiesta, como lo era de todas cuantas fiestas palaciegas y de alta sociedad se celebraban en Rusia.

María Feoderovna, fué para la hermanita del Zar una verdadera madre, ella notó que la salud de la joven languidecía, que se apagaba el fulgor de su mirada, que ya no habían encendidas rosas en sus mejillas y tal vez a no tardar se extinguiría su vida... ¿Es que moría de amor la princesita?...

—El campo te sentará bien, hija mía—le decía un día la zarina—precisamente ahora que se acerca el buen tiempo, la estancia en el castillo de Orlof rodeado de pinos ha de ser algo encantador.

En los ojos azules de Olga brilló una súplica angustiosísima al fijarlos en su cuñada:

—Por Dios no me mandéis partir, en la ciudad me distraigo mejor y según dice el doctor, necesito distracciones que disipándome toda melancolía me ayuden a recobrar la salud.

Pero desgraciadamente el intransigente Alejandro III, había dispuesto que su hermana marchara a Orlof y no había más remedio que acatar su voluntad omnimoda.

Aquella misma noche descubrió la emperatriz el secreto que minaba la salud y robaba la alegría de aquella muñequita rubia.

Brillaban como un ascua los jardines y salones del Palacio Real de San Petersburgo. Se celebraba una fiesta en honor de unos embajadores, la princesita Olga bailaba con uno de sus pretendientes, que a decir verdad la quería más que por amor, por la vanidad de emparentarse con los zares y en una de las vueltas de un cadencioso vals al pasar cerca de la orquesta, no notó la encendida mirada de amor que Olga se cruzó con uno de los músicos.

En uno de los paréntesis de la fiesta María Feoderovna buscaba a su cuñada pues deseaba conocerla la Embajadora de Bélgica y en uno de los lugares más solitarios del jardín tropezó con el violinista Julio Terry que andaba precipitadamente:

—Perdonad, majestad—dijo inclinándose reverentemente excusándose por lo del tropezón.

—Ya estás perdonado—dijo la zarina sonriendo indulgente y le vió marchar pensando:

—Iré a alguna cita de amor.

De pronto al no hallar a Olga en parte alguna, extraño presentimiento la sobresaltó y se dirigió a las ocultas glorietas del jardín.

Al fin dió con una custodiada por Vilma Panine, doncella de la Princesita: no cabía duda allí estaba Olga en brazos de algún hombre, que dada la profunda admiración que sentía por el músico, aquel hombre podía muy bien ser Julio Terry.

Vilma corrió a avisarlos, pero la emperatriz les cortó toda retirada y al fin entraron todos en el interior de la glorieta:

—Os aconsejo como madre y os ordeno como emperatriz que abandonéis estos amores en los que narto sabéis pelagra vuestra cabeza. Os he hablado antes como madre que como emperatriz porque a Olga, huérfana y tan jovencita le profeso un cariño verdaderamente maternal y a vos Julio os profeso verdadera admiración y afecto y si es que amáis a Olga con sincero amor os pido en bien de esta niña a la que tanto amamos los dos, que os alejéis para siempre de Rusia y que os conste que os habla de amor y sacrificio quien está más autorizada para ello, pues yo he amado mucho, muchísimo y lo que puedo jurar es que por grande que sea vuestro amor, no lo es más que el mío...

Los lindos ojos de María Feoderovna se humedecieron al recuerdo de amor lejano, sacrificado por casarse con el zarevich y tras un leve suspiro continuó:

—El amor de mi vida vino de Dinamarca a Rusia formando parte de mi escolta y aquí quedó establecido, constituyéndose en la eterna tentación, persiguiéndome... he sido fuerte, entre los dos no existe hoy día más que una franca y sincera amistad... así he conseguido vivir en paz con mi esposo y con mi conciencia y puedo decir muy alto que no hay amor que no sea susceptible de sacrificio y por lo tanto mirando por vuestra seguridad personal insisto en aconsejaros, querido Terry, que abandonéis Rusia, pues de permanecer aquí, la tentación persistiría y sería más difícil el sacrificio; la gloria y la riqueza que habéis alcanzado aquí lo mismo en vues-

tra Patria que en cualquier parte del mundo la alcanzaréis con vuestro divino arte y tú, hija mía, sométete en todo a la voluntad de tu hermano, el jefe de la familia y de la nación. El tiempo y la ausencia serán los bálsamos que cicatrizarán vuestros corazones y un día, quizá no tan lejano como ahora suponéis, bendeciréis a quien ahora os da con la mayor buena voluntad estos consejos y que antes que vosotros ha seguido estos caminos de abnegación y renunciaciones y puede deciros que aunque son crueles las espinas, también es dulce la paz.

Vilma, Terry y Olga, se atrevieron a cruzar entre sí miradas de inteligencia, por las cuales la Emperatriz creyó aterrada que había entre ellos algún terrible secreto:

—¡Julio Terry! ¿habéis respetado el honor de la princesa?—exclamó.

Julio levantando los ojos del suelo los fijó temeroso en los de la emperatriz: en la mirada de aquella mujer a pesar de su ira, brillaban efluvios de piedad... destellos de misericordia... Terry no se atrevía a contestarle, pero buscó en su pecho un papel que puso en manos de la zarina... su partida de casamiento: el artista y la princesa eran esposos.

—Esta boda es nula—dijo la emperatriz al salir de su asombro—No surte ningún efecto legal, mi consejo subsiste... la ausencia, luego vendrá el olvido y las cosas quedarán como antes... sobre todo si tú aun no...

Olga comprendió la significativa de su cuñada... nada se notaba en ella porque martirizaba su cuerpo con la presión del corsé... pero entonces irguiéndose con arrogancia, exclamó en un arranque:

—¡Oh! sí, sí, estoy en camino de ser madre.

La zarina se cubrió el rostro con las manos.

—Si Alejandro lo sabe sois muertos y vos Vilma ¿habéis protegido esto?

Los tres se arrojaron a las plantas de la augusta dama que no dudaban se convertiría en su más tierna protectora.

Momentos después la fiesta continuaba y Olga bailaba con su pretendiente y probable prometido el conde Sergio de Boris.

—Era mi deber obsequiaros durante el intermedio, adorable princesita, pero os he buscado inútilmente — le dijo él.

—Mi cuñada, la zarina, me llamó para hablarme del adorno de unos vestidos y las mujeres hablando de modas no acabamos nunca—le dijo ella.

VI

La princesa por voluntad del zar había sido trasladada al campo. Contra lo que ella pensaba su retiro en el Castillo de Orlof, en vez de dificultar favorecía altamente las relaciones entre los enamoradísimos esposos, bajo la real protección de la zarina.

En los fugacísimos intervalos que a Terry le dejaban libre sus compromisos artísticos, volaba al castillo, a disfrutar libre y tranquilamente de su tiernísimo amor.

Todo les sonreía, la vida parecía envolverlos en una sutil atmósfera de felicidad: Terry era el artista más celebrado y bien pagado de Rusia... Olga había recobrado la salud y la alegría y con ellas todo el esplendor de su belleza, además era madre de un hermosísimo niño del que fué madrina la emperatriz, la cual los visitaba con frecuencia trayéndoles ricos presentes.

María Feoderovna que en cierto modo dominaba al zar, le había podido hacer desistir del proyectado enlace de Olga y el Conde de Boris, alegando la poca edad de la Princesa y su precaria salud, decisión que acató sumiso el conde, pues le atraía hacia la princesita, más que el amor, la vanidad y no tardó en prometerse con otra dama de la más alta aristocracia.

El zar no se preocupaba de su hermanita ni procuró verla más desde que se marchó de la Corte, dejando por completo encomendada a su mujer la misión de velar por ella.

La fortuna, la gloria, el amor, la salud y la alegría se habían unido para llenarlos de dones... eran felices... muy felices... pero aquella felicidad no había de durar siempre les decía la zarina... si por cualquier accidente fortuito no se descubría antes el secreto, se descubriría forzosamente cuando se empeñara el zar que su hermana contrajera matrimonio y en más de una ocasión, les había advertido la conveniencia de abandonar Rusia en la forma que pudieran...

Era al anochecer de una apacible tarde del mes de abril. La zarina había regresado de Orlof y fatigada deseaba retirarse a sus habitaciones, cuando cierta voz vampíresca musitó a sus oídos unos requiebros de amor.

María Feudorovna apartó con repugnancia el rostro al sentir tan cerca el aliento de Iván Petrov y apretó el paso. pero Iván con indecible cinismo le cortó la retirada.

—Divina e ingrata Reina que con vuestros desdenes estáis convirtiendo en un infierno mi vida. ¿Por qué hasta en las fiestas palatinas me negáis a mí lo que no negáis al último de los cortesanos: besar esa mano más linda que las azucenas?

—Dejadme paso franco, estoy fatigada y deseo retirarme a mis habitaciones.

—No dudo que estéis fatigada, pues venís de muy lejos.

La zarina palideció; ¿aquel truhán la seguía tal vez a todas partes?... ¿Estaría en posesión del secreto del Castillo de Orlof?... El que la estaba observando atentamente dando otro giro a la conversación prosiguió:

—¿Por qué me negáis un poco de cariño cuando de tanta gratitud me sois deudora?

Petron no mentía: él con su olfato de sabueso y con sus entrañas de hiena, era para Alejandro III necesario e insustituible. Las ideas revolucionarias que desde algunas generaciones venían arraigando en el pueblo de Rusia habían encontrado en Iván Petrov, jefe de La Guardia Negra del zar el más temible enemigo, que astuto descubría toda propaganda, todo complot que en el misterio se urdiera, llegando a horrores dantescos en

el castigo, sin querer reparar muchas veces, ávido tan sólo de sembrar el terror, en la inocencia de los condenados. Como todos los déspotas lograba un efecto contrario al que se proponía, porque aunque se mate a los hombres no se puede apuñalar a las ideas y con su régimen de terror afianzaba más y más aquellas ideas que había querido ahogar y en realidad tan sólo había conseguido acallar y más adelante muerto él en un atentado, habían de resucitar pujantes, dando el golpe definitivo en el reinado siguiente.

La emperatriz aborrecía aquel hombre sin embargo, para terminar la conversación dijo haciendo ademán de retirarse:

—Ya sé que nos sois muy necesario y os doy muchísimas gracias por todos vuestros servicios.

—¡Oh! no os marchéis tan pronto precisamente tengo algo importantísimo que deciros, que desde hace algún tiempo me encuentro en la indecisión de confesároslo y he venido callando...

—Se tratará de alguna infidelidad de mi esposo y no quiero saberlo—dijo la Zarina a quien no se ocultaba que muchas de aquellas infidelidades las fomentaba el mismo Petrov para que la zarina indignada pagase a su esposo con la misma moneda.

—No se trata precisamente de vuestro esposo—dijo él cerrándole nuevamente el paso.

A la emperatriz perdida la paciencia le venían ganas de abofetear al osado.

—Estáis hablando con vuestra soberana—exclamó indignada—; guardadme el respeto que me debéis. Además tened presente que bastaría que yo dijera una sola palabra de esto a mi esposo para hacer rodar vuestra cabeza.

—Os engañáis bellísima, reina; al zar le soy demasiado necesario como vos misma habéis reconocido—y añadió en tono confidencial:— Mi amor me lleva a seguiros constantemente... vais con mucha frecuencia al Castillo de Orlof... rondando el Castillo os vi aparecer hermosa como un rayo de sol en uno de los ventanales acariciando un niño de corta edad... ¿Es hijo vuestro?...

La piedad en el alma de aquella mujer era infinita y deseando a todo trance salvar a sus protegidos, exclamó en un arranque sublime.

—Sí, es hijo mío.

A María Feoderovna se le había helado la sangre en las venas, Iván aprovechando aquellos momentos de estupor le cogió una mano que estrujaba entre las suyas:

—Es decir que otro hombre más afortunado que yo os ha hecho madre de ese niño que ocultáis en la montaña... ¿Será cierto caballero danés que vino con vos a Rusia y parecía miraros con muy buenos ojos?... A decir verdad no dejó de ocurrírseme también que el niño podía muy bien ser de la princesa Olga, que hace allí una vida de retirada del mundo... pero en fin, vosotras sabréis lo que hay entre las dos... yo juro ser una tumba para guardar este secreto a cambio de que vos seais buena conmigo — dijo llenando de besos la regia y helada mano.

Aquellos besos hicieron reaccionar a la emperatriz, que recuperando la energía retiró la mano.

—Si sólo acariciaros la mano me produce goces de cielo, ¿qué será el poseeros por completo?... ¡Oh! dadme la llave de vuestras habitaciones... os lo suplico de rodillas... o entrevistémonos en el campo o en los hoteles donde podéis acudir disfrazada... y yo seré el más leal y decidido protector de cuantos misterios amparéis... ¿Seréis mía?... ¿Seréis mía?...

—¡Jamás!... no puedo, os detesto...—dijo ella echando a correr.

Iván saltó como una hiena.

—Seréis mía... mal que os pese... ahora mismo... La Guardia Negra que presta servicio en estas habitaciones son todos subordinados míos; para ellos soy más que el zar y no acudirán aunque os desgañitéis gritando..

Se entabló una lucha terrible entre el gavián y la paloma... ella pudo acercarse a un pedestal donde había un magnífico jarrón... cogiéndolo con ambas manos lo hizo pedazos contra la cabeza de Iván Petrov que quedó inerte y ensangrentado sobre la mullida alfombra.

Al día siguiente apenas rayaba la aurora una campesina salió por una de las puertas del servicio de Palacio

y montando en una caballería que llevaba colgadas algunas espuelas con hortalizas, tomó para disimular un camino contrario al acostumbrado para ir a Orlof. Mientras se alejaba asomó un hombre con la cabeza vendada, que dijo colérico y vengativo extendiendo el puño hacia la que se alejaba:

—A pesar de todos tus afanes para disimularlo sé quién eres y a donde vas, por algo me he quedado velando cerca de tus habitaciones.

El zar se acostaba algunas noches cuando clareaba el día; acababa de llegar, las camareras de la Reina le dijeron que había marchado a unos ritos religiosos del alba en cumplimiento de un voto, pero Yván Petrov se presentó al Emperador deseoso de hablarle confidencialmente:

—Majestad — le dijo —. Vuestra esposa acaba de marchar disfrazada al Castillo de Orlof donde se entrevista con un amante del cual tiene un hijo.

Efectivamente la campesina era María Feoderovna que había apelado al recurso de disfrazarse temerosa del espionaje de la Guardia Negra. Iba a avisar a sus protegidos que huyesen de Rusia en la forma que pudiesen pues su secreto había sido descubierto.

Fatalmente fueron sorprendidos en su fuga y sólo pudo escapar Vilma Panine con el pequeño Julio la cual en la frontera pudo conseguir que una campesina los pasara escondidos en un carro de heno, pagándole a peso de oro tan señalado servicio.

La ira imperial recayó casi por entero contra el desgraciado Julio Terry, el cual deportado a Siberia no pudo resistir mucho tiempo: el trato salvaje, el clima inhospitalario y los trabajos forzados en las minas, así entre inenarrables horrores sucumbió un artista glorioso.

El zar Alejandro se había propuesto tratar benignamente a su esposa y a su hermana y desde luego ocultar a todo trance el escándalo, pero la princesita Olga en su desesperación quería difundir a los cuatro vientos lo que para ella era el mayor timbre de gloria: gritar a pleno pulmón que era esposa y madre.

—¡Oh! calla, calla o bien a pesar mío haré enmudecer tu boca para siempre—decía su hermano frenético.

—¡Dadnos la libertad ¡Por Dios, hermano mío!... ¡por la madre que nos dió el ser!... ¡por tus hijitos queridos!... yo gustosa dejaré de ser princesa si es preciso, aunque tenga que renunciar por ello a los bienes de la familia real... seré al lado de mi esposo una ciudadana del Imperio... él gana lo suficiente para mantenernos a mi hijo y a mí... Sé bueno, hermano mío... yo te querré con delirio, bendeciré tu nombre toda la vida... hazlo venir de Siberia... Tú que eres padre, ten compasión de mí que soy madre... haznos felices... —decía la infeliz arrastrándose de rodillas por el suelo, regando con el raudal de sus lágrimas los pies de su hermano.

—¿Te has vuelto loca?... ¿Cómo voy a acceder yo a esto?—al fin levantándola del suelo y procurando enjugar sus ojos, con un fino pañuelo de batista agregó:

—Yo quiero verte feliz, muy feliz, hermanita mía... Esto pasará... tiempo vendrá en que considerarás tu primitiva boda como un sueño... entonces te unirás gustosa con uno que sea de tu alcurnia y de tu agrado. Precisamente uno de tus pretendientes a quien tú misma habías dado esperanzas...

—¡Oh! no, no. ¡Jamás! Terry es mi única felicidad... Una de dos: o nos das la libertad para vivir juntos o depórtame con él a Siberia... Me parece que no te pido nada que no se me pueda dar.

—Tu mano la tengo destinada para el conde Sergio de Boris y como jefe de la familia debes obedecerme sin refunfuñar.

—El conde de Boris está prometido, según me dijo la zarina.

—Su prometida murió y tú eres la única mujer que ha querido... y ¡Basta ya!... No he de repetirte que me debes respeto y sumisión.

—¡Zar Alejandro!—dijo ella irguiéndose con dignidad—. Te llamo así porque el dulce nombre de hermano no te lo quiero dar jamás—. ¡Zar Alejandro! te juro por el hijo de mis entrañas que el conde Sergio de Boris, tardará muy poco en saber toda la verdad.

Dos días más tarde los agentes de Iván Petrov pudieron detener una carta de Olga dirigida al conde en la

que le explicaba con todo detalle la tragedia de su vida. Presentada esta carta al emperador:

—Haré enmudecer su boca para siempre—dijo, y aquella misma noche la mano criminal de Iván Petrov deslió en una taza de leche una ponzoña mortal.

Aquella leche fué sorbida con avidez por los febriles labios de Olga... Dos horas más tarde la emperatriz fué llamada a toda prisa a las habitaciones de la princesa, ésta entre los estertores de la agonía tuvo en sus brazos un vómito de sangre, aquella sangre olía a azufre, entonces vió la egregia dama que Olga de Romanof había sido envenenada.

VII

Vilma Panine con el hijito de la infortunada princesa se internó en el territorio de Bohemia y en la ciudad de Praga logró entrar como criada de servicio en una casa señorial, encerrando el niño de momento en un asilo.

Uno de los colonos de aquellos señores llamado Alejo Zinner, natural de Baviera, se enamoró de Vilma y acabó por casarse con ella participándole la joven antes de su enlace, que había amparado un huerfanito y tenía jurado no abandonarlo jamás y el pequeño Julio adoptado por aquel matrimonio en su primera infancia se creía hijo de Alejo y Vilma. Esta había comprado una casita y un huerto en el fértil Valle de Las Rosas, situado en las montañas que sirven de límite natural entre Bohemia y Baviera, tuvieron una hijita hermosa como un rayo de sol: Adelita y la felicidad propia de las almas sencillas reinó durante muchos años en aquella mansión venturosa; pero fatalmente cuando la angelical Adelita prometía convertirse en una mujer de esplendorosa belleza, una traidora pulmonía la arrebató al cariño de los suyos.

Julio, que ya sabía que no era hijo de aquel matrimonio, aunque ignoraba la trágica odisea de sus verdaderos padres, quería a Alejo y Vilma como si le hubiesen dado el ser: tierno y cariñoso, quiso suplir la pérdida de la idolatrada y hacendosa Adelita y cuando regresaba con su padre de las faenas del campo, ayudaba a su madre en los múltiples quehaceres del hogar. Así juntos aquellos tres seres que se querían entrañablemente: trabajaban, lloraban a la hija muerta y hacían florecer y cuidaban con esmero el jardín para que nunca faltaran flores en su tumba.

Vilma vivía en pugna con su conciencia: a las primeras preguntas formuladas por la curiosidad infantil al ver que la hermanita se llamaba Zinner, de apellido y él se llamaba Terry, había contestado a Julio que él no era hijo suyo aunque lo quería como a tal y que por él, lo mismo que por Adelita daría hasta la sangre de sus venas.

—¿Pues quién es mi madre?—había preguntado varias veces el angelito.

Alejo y Vilma convinieron en decirle, como así era en efecto, que su padre y su madre habían muerto cuando él era muy pequeñito y ellos lo habían recogido y lo querían con delirio porque era muy bueno y piadosamente le ocultaban la terrible historia de los autores de sus días.

En el transcurso de los años Julio había hecho preguntas inquiriendo detalles y noticias acerca de su origen, que veía envuelto en el misterio, por las muchas contradicciones en que habían incurrido sus padres adoptivos, incluso llegó a forjarse la idea de que al nacer había sido arrojado al arroyo y recogido por Alejo; de aquí, pues, provenían los escrúpulos de conciencia de Vilma, por la santa memoria de Olga debía decir a Julio la verdad aunque el martirio de sus padres destrozara el sensible corazón de aquel hijo.

Una noche sentados en el florido jardín, bajó el firmamento tachonado de estrellas, parecía que la quietud y placidez del lugar invitaba a las confidencias... Vilma desahogó su corazón narrando a Julio la verídica y do-

lorosa historia que había de rehabilitar la memoria de sus desgraciados padres.

Julio agradeció con toda su alma la confesión de Vilma, pero la tragedia de sus padres era un siniestro recuerdo que había de acompañarle siempre destruyendo la alegría de su vida.

Alejo, Vilma y su hijo adoptivo, cada vez más unidos, vivían el uno para el otro, Julio hubiera sido completamente feliz, sino se hubiera acordado constantemente de sus desventurados padres... transcurría el tiempo plácidamente... Alejo y Vilma ya que sólo tenían a Julio y era aprovechado y bueno incluso hablaban de darle carrera... corría el año mil novecientos catorce, y un día terrible en la historia del mundo un grito gigantesco de ¡guerra!! tronchó todas sus ilusiones como las de tantos y tantos millones de seres humanos.

Alejo Zinner, soldado de los Imperios Centrales, fué a luchar contra Bélgica, la mártir... Más adelante el terrible Moloch de la guerra necesitó el sacrificio de vidas tiernas y en las inocentes manos de los niños fueron substituídos los juguetes por el fusil del soldado... entonces Julio y Vilma tuvieron que separarse.

En el frente Occidental, encontró a su padre adoptivo... iban siempre juntos... la muerte parecía no querer nada con ellos, eran envidiados de todo el regimiento... un día la fortuna les volvió la espalda y una granada dando de lleno en la cabeza de Alejo, lo hizo polvo: su masa encefálica en innumerables y diminutas partículas salpicó todo el uniforme de su hijo adoptivo... éste loco de horror, quiso huir de aquel infierno y con la temeridad propia de los pocos años, logró salirse con la suya.

En los países neutrales se ocupó en varias profesiones para ganarse el sustento, pero el martirio de sus padres primero y el martirio de Europa después, habían engendrado en su alma el afán de laborar contra fatales regímenes.

Penetró en Rusia que se agitaba en las convulsiones de la revolución bolchevique, se internó luego en Austria-Hungría, vagó algunos días por las Montañas de Bohemia, buscando en vano en el Valle de las Rosas,

la risueña casita blanca de los días de su infancia... no la halló: un potentado la había adquirido junto con algunos terrenos, para edificarse un chalet rodeado de parques y jardines... ¿Qué había sido pues, de su madre adoptiva?... En un oscuro rincón del cementerio, bajo una tosca cruz de madera, leyó este nombre: «Vilma Panine»... De allí pasó a Alemania como agente pagado por la revolución bajo el nombre de Alfredo Morel y entonces conoció a Aurora Veimar.

VIII

El reinado de Guillermo de Hohenzollern, tocaba a su fin, no obstante los que defendían el trono del fracasado conquistador de Europa, habían de obtener todavía algunas victorias, así pues, la partida rebelde que se había refugiado en las Montañas de Bohemia fué copada por completo y condenados a muerte sus jefes.

El juicio fué sumarísimo, Aurora, a pesar de todos sus esfuerzos no había conseguido ver a los condenados. El doctor Keller hábilmente había sabido evitarlo, por temor de producir a la joven, emociones demasiado fuertes, tanto más, cuando pudo comprobar con certeza que entre ellos se hallaba precisamente el que había ocasionado tantos dolores a la mujer que adoraba.

Llegó el día de la ejecución, extraño y aterrador presentimiento agitaba el alma de Aurora. El doctor Keller le había dado a fin de que no tuviera, ni un momento libre, ocupación en los laboratorios. La sumisa joven tuvo aquel día un gesto de rebeldía y abandonando su labor, echó a correr campo a traviesa para ganar la carretera y ver pasar a los condenados... Alberto Keller se dió cuenta y marchó en su busca... al alcanzarla la cogió del brazo diciéndole con la más ardiente súplica:

—Por Dios, Aurora, venga al laboratorio donde la llama su deber.

inútil todo, los ojos de Alfredo Morel y los de la bella enfermera ya se habían visto y se miraban largamente... Aurora se acercó:

—¡Te he querido siempre!—le decía él—. Te he querido con el alma y con la vida... la fatalidad nos ha separado, pero nuestras almas han continuado unidas... ¡Aurora mía!... te mentí para no arrastrarte a ti que eres inocente como los niños y pura como las azucenas a los tenebrosos abismos de la política, he querido subir solo el calvario de mi vida... perdóname, perdóname si te he mentado...

Aurora leía en los ojos de su amado la veracidad de aquellas palabras de amor y veía con piedad inmensa en su cambiado aspecto las huellas de sus dolores físicos y morales y Alfredo leía en los ojos de Aurora su infinita pasión y su desesperación sin límites... El doctor Keller que asistía como mudo testigo a aquella terrible entrevista, se proponía ser después de la ejecución el inseparable compañero de Aurora, ofreciendo a la dolorida joven el consuelo de una sincera y honesta amistad, que más tarde con el infalible lenitivo del tiempo, bien pudiera convertirse en tiernísimo amor, base de su futura felicidad.

Alberto y Aurora andaban a buen paso detrás del doliente grupo, llegaron al fin a una explanada donde se detuvieron. Keller temía por Aurora, aquello era demasiado fuerte para el corazón de la joven... Aurora pudo acercarse a Alfredo diciéndole mimosa:

—¿Quieres darme un beso?

Apretaron sus bocas furiosamente, mordiéndose con frenesí, como si en aquellos instantes de placer quisieran desquitarse de tantos dolores...

—¡Te juro que este beso que empezamos aquí, lo continuaremos dentro la tumba!—dijo ella en tono enigmático, animada de súbito por inesperada alegría...

Separada de Alfredo, volvió al lado de Alberto que veía angustioso que la mirada de Aurora irradiaba demencia... los terribles preparativos del fusilamiento, capaces de hacer desfallecer al corazón más duro, parecían alborozarla... llegó el trágico momento de dar la voz de «¡fuego!»... nadie pudo impedirlo... Aurora se

precipitó entre los fusiles y los condenados... las mismas balas hirieron de muerte al hijo de la Princesa Olga y a la enfermera alemana... El doctor Keller se arrojó sobre la joven, zarandeándola exclamó lleno de desesperación...

—Un aliento, un aliento nada más de vida, Aurora, amor mío y con mi ciencia obraré milagros para salvarte.

Inútil todo, Aurora vivió un momento... sólo un momento para decir:

—Enterradme con Alfredo Morel.

Muerta la virgen de sus amores rotas sus ilusiones, el doctor Keller, lloraba inconsolablemente sobre su cadáver... mientras la sangre de Aurora corría sobre el césped, mezclándose y confundiéndose con la de los Mártires de la Libertad.

- Urales.—71. *El y Ella*, de Paco Itir y José de Tapia.—72. *El amor errante*, de Federica Montseny.—73. *Flora*, de Joaquín Colomer.—74. *El pitu de Peñarudes*, de Mauro Bajatierra.—75. *El príncipe que no quiso gobernar*, de Adrián del Valle.—76. *Liberación*, de Juan Ferrer.—77. *La de mis sueños*, de Federico Urales.—78. *Los unos y los otros*, de Ramón García-Diego.—79. *La vida que empieza*, de Federica Montseny.—80. *Aurora nueva*, de Antonio Estévez.—81. *¿Es usted mi madre?*, de Federico Urales.—82. *Coloma*, de José Cardaña.—83. *Sor Angélica*, de Federica Montseny.—84. *Para que el hijo sea nuestro*, de A. Fernández Escobés.—85. *Del cielo al penal*, de Regina Opisso.—86. *El alimañero*, de Mauro Bajatierra.—87. *Lo que me ocurrió con ella*, de Federico Urales.—88. *Fatalidad*, de Elías García.—89. *La ruta iluminada*, de Federica Montseny.—90. *Amor que vivifica*, de Luis Calventus.—91. *El eterno problema*, de A. Fernández Escobés.—92. *El casamiento de mi novia*, de Federico Urales.—93. *Un drama en las Guillerías*, de Narciso Fontás.—94. *El último amor*, de Federica Montseny.—95. *Aura popular*, de V. Márquez Sicilia.—96. *Las aventuras de unos niños*, de Federico Urales.—97. *El primer amor*, de Elías García.—98. *La tierra estéril*, de A. Fernández Escobés.—99. *Botones de fuego*, de Aurelio G. Rendón.—100. *Ladrón de amor*, de Federico Urales.—101. *¡Era su madre!*, de Regina Opisso.—102. *El tesoro escondido*, de Adrián del Valle.—103. *La fuerza del amor*, de Juan Martín González.—104. *Los malcasados*, de Federico Urales.—105. *Del Madrid de mis amores*, de Mauro Bajatierra.—106. *El corazón de la esfinge*, de Angela Graupera.—107. *Nuestra Señora del Paralelo*, de Federica Montseny.—108. *El amor que queda*, de V. Márquez Sicilia.—109. *De maestro a guerrillero*, de Adrián del Valle.—110. *Los hijos del otro*, de Regina Opisso.—111. *El hombre adúltero*, de Federico Urales.—112. *¡No, no, eso no!*, de A. Fernández Escobés.—113. *La pequeña hechicera*, de Angela Graupera.—114. *Un Abel más malo que Cain*, de Aurelio G. Rendón.—115. *El derecho al hijo*, de Federica Montseny.—116. *Los carrilanos*, de F. Barthe.—117. *Pedro el «Justiciero»*, de Regina Opisso.—118. *La mujer caída*, de Federico Urales.—119. *Una aventura original*, de Lorenzo Regalado y García.—120. *Los caminos del mundo*, de Federica Montseny.—121. *Micaela*, de Diego Ramón.—122. *Historia de la Cisca*, de A. Fernández Escobés.—123. *El retorno a la tierra*, de Angela Graupera.—124. *La moza alegre*, de Federico Urales.—125. *Mi honor, ¡no importa!*, de Regina Opisso.—126. *Contrabando*, de Adrián del Valle.—127. *Hacia otra vida*, de Mauro Bajatierra.—128. *La hija de las estrellas*, de Federica Montseny.—129. *Escenas del vivir*, de J. Ramos Concepción.—130. *Espinas y flores*, de Andrés Ramos Alvarado.—131. *El médico galante*, de Federico Urales.—132. *Destellos de luz*, de V. Márquez Sicilia.—133. *La tentación*, de Angela Graupera.—134. *Juan el tonto*, de Diego Ramón.—135. *Un delinvente accidental*, de Pedro G. Carrillo.—136. *Frente al amor*, de Federica Montseny.—137. *La tragedia de Leonora*, de Re-